

ORÍGENES. EN LA PROTOHISTORIA DEL MOVIMIENTO VECINAL BAJO EL FRANQUISMO

Xavier Domènech Sampere

En un dietario recientemente publicado de un activista de los años setenta, se encuentra una pequeña nota que mueve a la sonrisa. A ella y a alguna cosa más: «Un alumno de Lidia, durante la clase soplabla una bola de papel de plata a la que le había dado la forma de una especie de pájaro, que habían bautizado con el nombre de Pipo. Lidia se lo ha quitado, diciéndole que se lo devolvería al terminar la clase. Unos minutos después, el niño la recogía. Mientras tanto, había construido con un trozo de papel y dos bolígrafos una pancarta con la inscripción 'Amnistía para Pipo'. El niño tiene 12 años».² Podría parecer una anécdota sin más, pero no lo es, como nos muestra otra historia vivida en el barrio de Nou Barris de Barcelona a finales de 1975:

En el barrio, había un conflicto en un escuela donde los críos se quejaban mucho del director. [...] Un día le llenamos la calle de pancartas que hicieron los niños en la Asociación de Vecinos. Se ve que los maltrataba, les escupía, era un caso muy repelente... Como éramos así de lanzados dijimos [...] se para la escuela como protesta [...] nos detuvieron a tres en el patio [...] mi compañera se escapó porque, como es bajita, las crías la escondieron...³

Un niño que en una escuela reproduce los referentes de las principales movilizaciones sociales para protestar, unos niños y niñas de toda una escuela que se dirigen a la Asociación de Vecinos para conseguir, como finalmente consiguieron, la dimisión de un director y unas niñas

que acaban por esconder a una militante vecinal para protegerla de la acción policial. Todo esto nos habla de varios fenómenos, entre ellos de la extensión de la cultura de la protesta en los centros urbanos del país como mecanismo básico de transformación de las formas de vida, hasta llegar a afectar a las formas de representación y acción de los más pequeños, y la centralidad que adquiere el movimiento vecinal en la misma. Un movimiento vecinal que tanto podía ser clave en las movilizaciones por la amnistía política⁴ como en una acción concreta vivida en un solo barrio.

Pero a pesar de la importancia innegable de este movimiento en el desarrollo social, político y cultural del antifranquismo, ampliando su capacidad en la socialización de valores, impregnando realidades muy diversas y protagonizando verdaderos fenómenos de desafío urbano durante el proceso de lucha obrera tuvo su fuerza, y su principal limitación, en su carácter de clase, el movimiento vecinal tenía un mayor carácter interclasista, siendo básico su papel de movimiento puente en la proyección social de las problemáticas obreras. Si el movimiento estudiantil tenía una capacidad de desafío e innovación constante marcado por su carácter generacional, cuando sus activistas fueron madurando fue en el mismo movimiento vecinal donde, en parte, encontraron la forma de vincular sus profesiones a los movimientos sociales. Fue, en este sentido, un movimiento ligado a los barrios, y con ellos a las ciudades, pero también

fue un crisol donde se proyectaba, convivía y se ampliaba el antifranquismo en su globalidad.

Pero si es difícil atrapar este fenómeno en su generalidad —el movimiento vecinal no tiene grandes luchas globales unitarias, ni sus dirigentes adquirieron un relieve que fuera más allá de los propios barrios, ni sus modelos organizativos son homogéneos— mayor problemática genera la interpretación de sus orígenes. Problemática que se puede observar en su misma datación. Si usualmente el movimiento obrero y estudiantil bajo el franquismo sitúan su origen cronológico en el inicio de un nuevo ciclo de conflictividad, 1956, en el caso del estudiantil, o 1962, en el del obrero,⁵ en el caso del movimiento vecinal esta datación poco tiene que ver con su mismo desarrollo como movimiento en el espacio público. La fecha escogida es 1964, fecha de aprobación de una nueva Ley de Asociaciones franquista. Ciertamente, en el campo interpretativo este elemento no es el único que explica el surgimiento del movimiento vecinal, pero adquiere una enorme centralidad en la tendencia a ver su aparición a partir de la interacción de una realidad urbana cargada de enormes deficiencias estructurales con una nueva estructura de oportunidades políticas, en una utilización muy reducida de este mismo concepto, que posibilitaría el surgimiento del nuevo movimiento vecinal.⁶ Sería, así, el único movimiento social que no debe su origen a su misma acción, sino a la de su principal adversario: el propio franquismo. En este sentido, en el presente artículo intentaremos situar algunas claves interpretativas, que vayan más allá de la aprobación de una ley o de las causas estructurales, para centrar el protagonismo en los sujetos sociales que protagonizaron el movimiento.

Dos ciudades, un barrio

El proceso de instauración del franquismo produjo un proceso de pérdida de la población en dos ámbitos tan intangibles, y a su vez reales, como su percepción del tiempo y el espacio. En

el primer sentido, entre las clases populares se introdujo una expresión que haría mella en las generaciones que habían vivido el período anterior a la guerra: «la gente hablaba de los ‘tiempos normales’ que no eran ni los de la dictadura de Primo de Rivera, ni los de la Guerra Civil. Eran aquellos dos años, 1931 y 1932, que habían sido para mucha gente ‘los tiempos normales’».⁷ Una percepción de extrañamiento del tiempo que impregnaba los barrios populares más allá de unas generaciones determinadas. En el mismo sentido se expresaba un futuro activa del movimiento vecinal, al recordar su infancia en la Barcelona de postguerra donde los tiempos parecían no ser suyos, perdidos los «tiempos normales eran los tiempos de antes de la guerra».⁸ Un extrañamiento del tiempo que fue también, de una forma mucho más clara, un extrañamiento del espacio. En las grandes urbes españolas la existencia de dos ciudades, la popular y obrera, contrapuesta a la burguesa, hundía sus raíces en los mismos albores de la segmentación de la sociedad en clases sociales con intereses, expectativas y formas de vida diferenciadas, cuando no confrontadas. Pero si en algún período esta realidad se intensificó fue durante el franquismo, cuando:

Se vivía... era gracioso. Hasta hace poco nos ha costado, hay que admitir que a todos nos ha costado, éramos una barriada totalmente al margen y marginada, si bien es cierto que también en Sabadell estaban marginados (...) hasta el punto de que aquí, cuando íbamos al centro, en vez de decir «¿A dónde vas? Voy al centro de Sabadell», no se decía «Voy al centro», sino que decíamos «Voy a Sabadell», como si fuera una cosa al margen. Eso da una idea dijéramos del disparate que había, no te sentías integrado.⁹

Una pérdida de sentido de pertenencia de los pobladores de las ciudades en las que vivían, pero que no sentían como propias, que tenía una doble base en su proceso de conformación bajo el franquismo y las formas de vida que se impusieron en los nuevos suburbios. Una doble

base que tenía su punto de partida en unas condiciones políticas determinadas. Podían existir las ciudades, pero no existía en ningún sentido la ciudadanía, la conformación de un núcleo básico de derechos que permitieran a sus pobladores participar en la construcción de su destino en un espacio determinado.

La conformación de las ciudades bajo el franquismo quedó claramente marcada por una realidad en este sentido. En poco más de treinta años, unos seis millones¹⁰ de personas, básicamente campesinas, dejaron sus pueblos de origen para integrarse en las realidades urbanas. De estos seis, más de cuatro millones protagonizaron una migración interregional que se concentró en las regiones de desarrollo industrial tradicional y los de nueva creación (Cataluña, País Vasco, Madrid, País Valenciano y las Islas Baleares), produciendo la duplicación de la población de ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao y consolidando sus áreas metropolitanas.¹¹ Realidad numérica que dio como resultado, en primera instancia, el hacinamiento de centenares de miles de personas en barracas, cuando no en cuevas, la autoconstrucción de los barrios por las manos de sus propios pobladores, y más tardíamente la construcción de barrios de nueva planta. Un proceso donde el franquismo mostró ante los nuevos pobladores de las ciudades inicialmente sólo su faz represiva, impidiendo los procesos migratorios o bien obstaculizando la construcción de los primeros barrios, o su vertiente especulativa en la construcción de núcleos urbanos con fuertes déficits urbanísticos y de equipamientos. Realidades que estuvieron en la base de ese extrañamiento de los pobladores en relación a sus ciudades. La precariedad vital en los mismos fue la primera faz del *desarrollismo* que experimentaron las nuevas clases populares bajo el franquismo. No otra:

Los servicios brillaban por su ausencia, ni transporte, ni luz ni agua, las condiciones eran [...]. Aquí llamabas un taxi porque te ponías malo y es que ni venía [...] porque calles sin asfaltar, cuando llo-

vía calles llenas de barro, había un torrente [...] sin luz, sin nada, tenías que pasar el torrente con unas escaleras, para poder conectar con lo que era Terrassa [...] no había ni cloacas para sacar la porquería.¹²

Testimonio que se reproduce incesantemente en las fuentes y que prefigura unos suburbios discriminados en los servicios y separados de la ciudad, entendida ésta como el casco histórico de la misma. Así, si en el caso de Madrid la «red de transporte [...] se había quedado en la ciudad tradicional y sólo se extendía allá donde se implantaba una urbanización de lujo»,¹³ la visión desde Leganés era que «era un área de construcción muy desordenada y sin ningún apoyo de infraestructura de transporte. Sólo había unas camionetas que nos enlazaban con Madrid y se estropeaban cada dos por tres. No había ladrillos y casas puestas».¹⁴ La exclusión era, en este sentido, una herida en las ciudades que determinaba su autorrepresentación, pero era también una exclusión que tenía su origen en el orden político. De hecho, la exclusión cultural, social y urbanística era inseparable de la política que, al fin y al cabo, comportaba una falta de control de los pobladores de las ciudades sobre sus propias vidas. Esta falta de control afectaba también a los barrios tradicionales, conformados con anterioridad a la imposición del franquismo, en aquello que hacía referencia a su vida asociativa de ocio y servicios,¹⁵ pero iba mucho más allá en los nuevos barrios que se generaron bajo el franquismo. Fue a partir de esta base común de déficits, impuesta por un Régimen que era común tanto a los nuevos como a los antiguos barrios, que el movimiento vecinal rompió la exclusión entre unas realidades y otras. Pero en el origen del mismo estuvieron más las primeras que las segundas y en ese sentido el movimiento vecinal, a pesar de su vocación interclasista que se consumó en parte durante los años setenta, tuvo su origen en los barrios con un marcado carácter de clase. Una clase, la obrera, que estaba viviendo una de las transformaciones más potentes de su historia

a partir del mismo proceso migratorio. Es ahí donde debemos situar el origen de las nuevas redes en los suburbios a partir de las cuales se construirá el propio movimiento vecinal.

Ciertamente, la mayor parte de los nuevos suburbios creados bajo el franquismo, no conferían inicialmente señas de pertenencia a sus habitantes, sino que eran las propias de un estigma social. De todas formas, la inexistencia de una identidad propia de los nuevos núcleos residenciales no presupone la inexistencia de identidades de pertenencia de sus pobladores, reforzadas en un cierto sentido por el propio origen de algunos de los procesos migratorios. A pesar de su magnitud, las migraciones no se tejieron como una simple agregación de seres humanos huyendo de la pobreza y buscando un nuevo lugar donde vivir y subsistir sin más. En este sentido, las migraciones bajo el franquismo, sobre todo las primeras que se dieron sin ningún despegue económico que ejerciera de polo de atracción y que constituyen una porción no desdeñable del conjunto del fenómeno,¹⁶ no tenían un origen exclusivamente económico. La precariedad vital que condujo a las mismas durante la década de los cuarenta y los cincuenta era previa a la misma decisión de partir. Pero lo hicieron entonces, y no antes. Dos fueron los motivos profundamente relacionados que llevaron a la partida: el fin de la esperanza y el inicio de la represión. El fin de la esperanza de la República, primero y, con ella, el fin también de cualquier esperanza de que una reforma agraria permitiese el acceso a la tierra con el que labrarse el futuro. Esperanza que desapareció completamente con la instauración del franquismo. Momento en el que la represión exacerbó las jerarquías sociales en el campo español y estigmatizó a todos aquellos que se consideraba como potenciales desafectos.¹⁷ Se buscaba en este sentido una salida económica a una situación desesperada, pero también un lugar donde el anonimato permitiera rehacer las vidas propias y las de los hijos. Realidad que se encuentra en la base vivencial de muchos de los

primeros pobladores de las nuevas realidades urbanas, cuando no en el origen de los mismos barrios:

Es curioso que el primer catalán que empieza a habitar el barrio, es decir, la primera familia, son catalanes, son de Vilanova i la Geltrú, y es también una coincidencia el hecho de que eran inmigrantes dentro de lo que era Cataluña, pero era por problemas políticos, era represaliado y por ser conocido en su pueblo natal, en Vilanova i la Geltrú, se trasladaron aquí, y hacen ya el primer pozo y empiezan a facilitar agua a los vecinos.¹⁸

Es evidente que este fenómeno no afecta a toda la inmigración, como también lo es que afecta a una parte sustancial de la primera. Lo relevante, en todo caso, es que el mismo es central para comprender cómo se construyen inicialmente las cadenas migratorias que permitirán la llegada de los nuevos migrantes y el color del que se tiñeron las primeras redes relacionales en los nuevos barrios. En primer término, porque las migraciones no son como hemos dicho un fenómeno de agregación humana, se elige un destino porque el mismo ofrece oportunidades conocidas y en dicho destino aquéllos que han llegado primero se constituyen en centrales para los que llegaran después. En segundo término, porque el propio proceso de llegada se construye como un proceso de solidaridades que marca los valores y las formas de las nuevas redes:

En mi casa, que cuando mi padre la construyó en la calle Gironés, allí en Ca n'Oriac, en Sabadell, recuerdo haber tenido viviendo allí como 15 familias o más. Continuamente pasaba una familia con 4 ó 5 hijos y se instalaban en casa, nunca evidentemente se cobraba absolutamente nada, compraban un terreno y todos los paisanos trabajaban en la casa durante los fines de semana y cuando la levantaban entonces venían 2 familias. Una se venía aquí y la otra se iba a la nueva casa. Era una cosa fascinante, una cosa que ha sido de mucha, mucha solidaridad.(...) —esa gente— toda es de izquierdas en general (...). Además que es normal porque si hubiera sido un tío de derechas: «Oye tú, que me denunciaste, me metieron en la

cárcel». Es una cosa casi lógica, cuando empiezan a hablar entre todo ellos, o hablaban entre ellos, sobre el «gilipollas» o el «hijo de puta» van marcando a toda la gente que era, que era lo malo digamos del pueblo, los que después colaboraron con el Franquismo.¹⁹

En este sentido, los migrantes no se enfrentaban individualmente a una nueva forma de vida. El proceso de migración en cadena llevaba a reconstruir parte de las poblaciones de origen en los nuevos lugares de destino. En un proceso que conllevaba a su vez una relectura de esas mismas identidades de origen en un sentido fuertemente marcado por la clase, a la que pertenecían cuando marcharon y a la que pertenecieron cuando llegaron, en el paso de una cultura popular campesina a una nueva cultura popular obrera. De hecho, los nuevos suburbios contenían un crisol de redes relacionales ligadas por una fuerte solidaridad sin la cual no se hubiese podido producir las migraciones, en medio de las cuales se expresaban diversas identidades ligadas al origen de cada uno de sus pobladores. La conservación, marcada por una fuerte transformación a su vez, de estas identidades de origen no conformaba un sentimiento de pertenencia al barrio, pero posteriormente estuvieron en la base del mismo. Fue, de hecho, el mismo proceso de construcción de estos barrios lo que inició el tránsito de unas identidades fragmentadas a una común referida al nuevo espacio vivencial, ya que ciertamente éstos, hasta la extensión de creación de barrios de nueva planta, quedaron completamente al margen de la intervención del Estado, si no era meramente en términos de represión, dejándolos en las exclusivas manos de sus pobladores. Así en el barrio de Palomeras de Madrid:

Yo llegué a este barrio en el año cincuenta y tres, cuando aún no estaba formado, pues apenas había unas cuantas casas salpicadas aquí y allá. Surgió el barrio porque llegábamos emigrados de los pueblos en busca de trabajo y no teníamos dónde vivir. Entonces empezamos a hacer las casitas bajas, que no eran muy grandes, a veces tan sólo una

habitación y una cocina, y no teníamos servicios de ninguna clase, ni luz, ni agua, ni servicio, ni nada. Pasamos muchas fatigas para hacerlas, no sólo porque no teníamos dinero, sino también porque decían que era zona verde y no nos dejaban construir. Vivíamos en unas condiciones infrahumanas. En invierno mal por el barro, pero en verano era aún peor, porque nos comían las moscas y toda clase de bichos por los basureros que había. Cuando las hacíamos vivíamos perseguidos por los guardias, que si nos pillaban nos multaban. (...) Pero, en fin, a pesar de tantas fatigas, nosotros 'erre' que 'erre' y surgió el barrio.²⁰

Un proceso que inicialmente reforzaba las redes familiares y las creadas en el propio proceso migratorio, pero que ya en sus orígenes a veces iba más allá, en este paso de las redes migratorias a las del barrio, al tener que afrontar problemáticas comunes a todos los pobladores de un mismo espacio. Así, si en Palomeras estaban erre que erre, en el Carmel de Barcelona las barracas se hacían de noche, con fango y cartón de cuero, siendo blanqueadas rápidamente para que parecieran acabadas por la mañana ante las autoridades, ya que en caso contrario eran derrumbadas inmediatamente. Pronto, además, los habitantes de estas barracas, que tenían que pagar un alquiler a los propietarios de los terrenos, iniciaron «un poco de revolución dentro del movimiento de barracas y sobre todo el Ayuntamiento metió mano dentro del censo y los propietarios de los terrenos se retiraron y no siguieron cobrándonos alquileres ni nada».²¹

Unos inicios de protestas que, de todas formas, no emergerán con toda su fuerza hasta que el proceso de consolidación de las redes relacionales en el barrio no se despliegue con todo su intensidad. De hecho, si la problemática de la vivienda es la que marca su inicio, la provisión de servicios básicos para los barrios como eran el sistema de alcantarillas, la luz y el agua, les ayudarán en su desarrollo. Así, si en el caso del barrio de la Maurina de Terrassa el alcantarillado lo tuvieron que hacer los propios vecinos,²² o bien en el caso del de Cirera de Mataró: «Las calles estuvieron mucho, mucho, tiempo sin asfaltar, se

las asfaltaban muchas veces los mismos vecinos [...]»,²³ o en el de Ca n'Oriac de Sabadell, «la luz tenía que ser la de un carburo, las cloacas tenían que ser a través de pozos nuestros, hechos manualmente cada uno individualmente en su casa, y el agua la teníamos que traer, como ya he dicho antes, de los pozos tirando». ²⁴ Finalmente, esta realidad atravesó con desigual intensidad gran parte del desarrollo de los barrios durante el tardofranquismo afectando a un amplio espectro de servicios:

En la sede de la Asociación de Vecinos de Ca n'Oriac (...) hacemos un acuerdo con Mutua Sabadell, y entonces nos ponen una ATS que viene para que los trabajadores pudieran inyectarse por la tarde y cuando vinieran de trabajar y todo eso. Entonces, de cinco a siete, dijéramos pues venía un ATS a cada uno de estos locales e inyectaba a las personas que estaban enfermas en aquellos momentos a poner las inyecciones, porque en el barrio no había absolutamente nada. Incluso en aquel entonces ni privado, empezaba a haber alguno privado que empezaba a ir por las casas, pero como consultorio no había nada (...). Incluso en esa época, que era una época bastante complicada, de problemas laborales y todo, tuvimos algún abogado que venía también a hacer las distintas consultas a la sede de la Asociación de Vecinos, eran los primeros servicios que teníamos en el barrio y que venía a través de las entidades sociales. (...) Bueno, es más las entidades, dijéramos, las crean la misma Asociación de Vecinos. Es decir, la Asociación de Vecinos empieza a participar en la Asociación de Padres de Alumnos, en el momento en que van empezando a nacer colegios y van empezando, pues a esto que te he dicho, a lo de las inversiones, a lo del fútbol. A, en fin, todo lo que socialmente se ha ido moviendo pues ha ido a través de... Nada ha venido de afuera, se ha creado humanamente por las personas que aquí hemos vivido siempre.²⁵

Y en este camino, donde nada vino de fuera, según este testimonio, lo cierto es que si el Estado vivía de espaldas a esta realidad, reforzando la solidaridad material de sus pobladores, no tan sólo este hecho estaba en la base de la creación de las identidades de barrio como espacio

autorreferencial de sus pobladores. Tampoco había muchos más espacios de referencia. En este sentido, la sociedad de consumo de masas, a pesar de los espejismos proyectados por el *desarrollismo*, fue una realidad muy tardía en los nuevos barrios creados bajo el franquismo. Y si bien la integración en la misma, en su primer gran medio de comunicación como era la televisión, era una aspiración compartida, lo cierto es que su llegada no fue tan sólo tardía –hasta 1969 no se puede hablar de una implantación mayoritaria de la sociedad de consumo en España–,²⁶ sino que además implicaba, conjuntamente con otros electrodomésticos, un consumo colectivo:

Ellos compraron un televisor, un televisor en blanco y negro, pequeñito, y nosotros me parece que compramos una nevera, una pequeña nevera, y entonces veíamos la televisión en su casa, las películas. Iba yo y casi nos sentábamos en la cama, todos allí viendo la película aquella, ya ves tú la película que daban, me parece que la película la daban todos los martes nada más en la tele, y la nevera que teníamos nosotros, una nevera pequeña, pues entonces allí nos arreglábamos las dos familias, a meter allí. Como no había mucho que meter tampoco, tampoco era muy..., de eso sí que me acuerdo, me cago en la leche. Bueno, mira, unos teníamos la nevera y el otro el televisor. Sí.²⁷

Hecho que reforzaba, tal como se constata en el barrio de Vallecas, un espacio vivencial de una enorme intensidad comunicativa:

Es probable que los brotes de solidaridad que se producían con frecuencia en el barrio, ese no sentirse solo (para bien o para mal) nunca, esa obsesión por tener en cuenta la opinión de los demás [...] esa sensación de conocerse todos y formar como una familia se debiera precisamente a la comunicación constante, informal, sin programas ni actividades. Todos sabían en cada momento lo que estaba pasando en el barrio y a cada familia y a cada individuo en particular, y gracias a ello fue posible en un momento determinado movilizar a los vecinos para crear un barrio nuevo, unas cooperativas, unas escuelas, unas vías de comunicación.²⁸

Los barrios constituían en este sentido microsociedades, en las cuales muchos de los mensajes, interpretaciones de la realidad y representaciones de uno mismo en ella se generaban en la propia comunidad vivencial, reforzando el papel referente de la misma para sus miembros, y donde el ocio era algo que se generaba casi exclusivamente dentro del propio barrio:

Generábamos grupos, creábamos grupos, era fácil llegar al tema, había un buen caldo de cultivo, porque había una asociación que era fácil poder llevar un mensaje, no había la presión ideológica, por lo menos mediática de hoy día, con lo cual, no era tan difícil convencer a alguien. Eso es cierto, hoy día es más complicado convencer a alguien que haya visto la televisión, y que le han repetido 40.000 veces una cosa, al final acaba creyéndose la televisión, y es muy complicado que tú puedas dirigirte a la gente para... Hablábamos de cosas muy diferentes, hablábamos de sexualidad, hablábamos de la sociedad libre, empezamos a leer a gente que hablaba de amor libre, que hablaba de la lucha de clases, gente que te hablaba de las repercusiones del marxismo, con 17 años empecé a leer libros, a hacer seminarios, hacer cursos y todo eso fue creando una dinámica determinada.²⁹

En este sentido, no fue extraña la relevancia que adquirirán, para el barrio, y para el propio Régimen, revistas que teniendo como marco los barrios se convertirán en referencias comunicativas a veces mucho más allá de las mismas. Revistas que como *Recaldeberri*, en Bilbao, *Gamma*, en Santa Coloma de Gramanet, o *Can Oriach*, en Sabadell, acababan por convertirse a ojos del Régimen en «un instrumento al servicio de intereses bastardos y pregón de una ideología contraria a toda política constructiva».³⁰ De hecho, en este sentido, el proceso de transferencia de las redes relacionales de las identidades de origen a una nueva identidad de destino, impelida por las necesidades de solidaridad y la articulación de un mundo referencial autónomo en el barrio, produjo paralelamente, e interactuando con esta misma realidad, la articulación de una sociedad civil propia. Una sociedad civil que ha-

cía referencia a la articulación de cooperativas de construcción de viviendas, llevando a un nivel más organizado lo que había sido una práctica cooperativa ya desde sus inicios en los barrios de autoconstrucción, Centros Sociales o Juveniles y diversas formulas asociativas de ocio.³¹ Un tejido social que densifica y comunica la vida de barrio, densificación y comunicación que es la base de la construcción de su identidad, en una autoconcepción de sus pobladores marcados a su vez por el sentimiento de exclusión y de clase. Un sentimiento de exclusión que se hace evidente en relación a los cascos históricos de la ciudad y que será la base de parte del discurso inicial del propio movimiento vecinal,³² pero que también tendrá unas referencias vivenciales que por su sencillez adquieren una gran fuerza. Así, si en el caso de Madrid, «los vallecianos dejaban inconfundibles huellas de barro que señalaban su procedencia cuando pisaban el asfalto madrileño»,³³ algo muy parecido acaecía en una ciudad catalana:

Teníamos bastante, bastante conciencia de que éramos de Ca n'Oriac, además fue un conjunto de condicionantes que poco a poco lo van marcando [...], pero es que, aparte, teníamos un barrio [...] tú cuando llegabas allí te llenabas de barro hasta las pantorrillas, sí que era brutal. Yo a los 13 años, cuando empecé a trabajar en Sabadell, claro la gente sabía que veníamos de Ca n'Oriac, o veníamos del Torrente o [...] No, que eso, que había muchísimo barro, y era un hecho diferencial importante, muy importante. Bastaba con que pasases por donde es ahora el paseo Manresa, y mirases a la gente a los pies, y según como llevases de barro los pies, pues así ibas. [...] Porque, claro, la gente que había en mi calle trabajaba en fábricas de cañoneros, de textil, y yo trabajaba en el despacho de textil, con lo cual salía a trabajar llevando una bolsa, con unas botas de agua, y me ponía las botas de agua, en Ca n'Oriac, y cuando llegaba al centro, cuando no había gente, me quitaba las botas, me ponía los zapatos y me guardaba, pues claro, porque daba un poco de vergüenza, daba un poco de apuro, porque tratabas con unas ciertas gentes. Y un poco, esa diferencia de venir de Ca n'Oriac, era en ese terreno. Por otra parte, creo

que después, y a veces lo he pensado, también fue uno de los motivos para ayudarme quizás a tomar conciencia de clase. Una cosa mucho más sencilla que general, como una zona de la ciudad pues tenía unas condiciones que otras zonas de la ciudad más pobres no tenían. Era Ca n'Oriac, Ca n'Oriac y todos los barrios, porque tenía amiguetes por todas las partes que coincidíamos por allí en el centro siempre con los zapatos llenos de barro que nos marcan, nos marcaban, y que éramos la gente de Ca n'Oriac, sencillamente, no éramos otra cosa, no éramos otra cosa.³⁴

Realmente, ésta no era la realidad de todos los barrios donde se desarrolló posteriormente el movimiento vecinal. Durante la década de los sesenta y setenta los barrios de autoconstrucción, dieron paso, a partir de un desarrollo urbanístico altamente especulativo concertado entre el Estado y la iniciativa privada, a un nuevo tipo de barrios en la ciudad. Eran barrios de nueva planta que tenían como principal diferencia con los anteriores el hecho de que las casas ya estaban construidas previamente y de que contaban con un mínimo de infraestructuras. Pero poco más, y en este poco más se encontraba la base del necesario desarrollo reivindicativo posterior y del mismo sentimiento de exclusión social. De hecho, tanto los barrios de autoconstrucción como los de nueva planta, compartían un origen común. A pesar de que la intensidad de los componentes sociopolíticos del proceso migratorio era menor en los segundos, al ser más tardíos, y por tanto más alejados de la realidad de la postguerra como factor de partida, la precariedad urbanística, la segmentación de la ciudad y, sobre todo, una homogeneidad de clase que llevaba a una relectura identitaria claramente obrera, eran elementos compartidos entre ellos, a la vez que diferenciadores del resto. No obstante, si bien estos aspectos son centrales para entender la activación, la cronología y la intensidad de las protestas populares en las ciudades, tampoco es menos cierto que tampoco los barrios tradicionales quedaron al margen de este movimiento. También ellos sufrieron las carencias de servicios desplegados

por la dictadura y su inadaptación al mismo paso del tiempo lo que, con la incorporación de una nueva generación de clases medias formada en la universidad de los años sesenta, conllevó la organización del movimiento vecinal en los mismos. Este proceso afectó por igual a todas las grandes ciudades del país, más cuando, en la misma capital del Estado, las políticas de conservación del patrimonio histórico y urbano de la ciudad tradicional brillaron por su ausencia.³⁵ Finalmente, con menor o mayor intensidad, las diferentes realidades urbanísticas y vivenciales se ensamblaron en una misma protesta, pero fue en estos primeros barrios de autoconstrucción y obreros donde se articuló más intensamente, en un primer momento, la protesta urbana. De ellos surgieron las primeras formas organizativas y repertorios de protesta, y es que originariamente el movimiento de barrios es inseparable de la emergencia de nuevos sujetos sociales que encontraron en estos barrios uno de sus principales espacios de actuación.

La vertebración de un nuevo movimiento

Cuando alrededor de 1966 se vivía en las principales áreas industriales del país la segunda oleada de formación de Comisiones Obreras locales, vinculadas a las elecciones sindicales de 1966, la Comisión de Vecinos del barrio de Las Arenas de Terrassa celebró una asamblea para discutir la importancia de estas elecciones para los trabajadores. Fueran invitados a participar en la misma representantes de la Juventud Obrera Católica y del Instituto Industrial de la ciudad. En un momento dado, cuando estaba hablando uno de los conferenciantes, «un obrero de la Comisión de Vecinos le interrumpió diciendo que no hemos venido aquí a discutir convenios colectivos, sino 'a ponernos de acuerdo para sacar los mejores compañeros de enlaces', que unidos éstos a las CO hundiéramos el actual sindicato que no nos sirve para nada, que este era el Orden del Día de las CO».³⁶ Parecía entonces que el debate tomaría un derrotero

claro hacia cómo articular organizativamente el movimiento obrero en la ciudad. De hecho, en el campo interpretativo sobre los movimientos sociales, el movimiento obrero va por delante de cualquier otro, con permiso del estudiantil de vez en cuando. Pero si nos aproximamos a la realidad de aquel instante este esquema deviene más complejo. Justo en el momento que parecía que esto iba a suceder así, en aquella sala empezó a correr un documento entre los asistentes. En dicho documento se denunciaba, según recogían las fuentes policiales, la propuesta de aumento de las tarifas de agua que afectaban en más del doble a los barrios periféricos respecto al centro de la ciudad, llevando a que «los habitantes de estas barriadas, caso de que estas protestas por escrito no obtengan la atención que esperan, están dispuestos a efectuar una manifestación masiva y pacífica para protestar ante el Ayuntamiento, no sólo por el aumento, que lo consideran injusto, sino por lo que para ellos encierra mayor importancia, esta diferencia en el aumento en perjuicio precisamente de los habitantes de esta ciudad con menos poder adquisitivo».³⁷ Una explicación policial, empática con la petición vecinal, que sólo es comprensible si conocemos cómo describía los mismos hechos otro observador:

En la sala había tres policías, dos de los cuales leyeron y firmaron el documento; el tercero, Aníbal Martínez, dijo al joven que le presentó el documento que le diera uno de éstos. El muchacho, ignorando que era policía, le dijo que si tenía en su barrio formada la comisión para recoger firmas se lo daba; si no, no. El policía dijo que él tenía que informar a sus superiores y pidió que se leyese el documento antes de exponerlo a la firma de los concurrentes. Se le dijo que ya lo habían leído y firmado todos. No obstante, un miembro de la comisión de Vecinos, el farmacéutico, expuso con todo detalle y basándose en documentos fidedignos, al parecer facilitados por el propio señor Barata, ex teniente de alcalde, lo injusto e ilegal del incremento de las tarifas del agua.³⁸

Un instante clásico en la historia de la forma-

ción del movimiento obrero bajo el franquismo que acabó siendo, sin duda, el inicio de la organización de una protesta también clásica de la historia del movimiento vecinal. ¿Son separables sus orígenes, a pesar de todas las explicaciones que intentan diluir en su origen el carácter de clase del movimiento vecinal? Difícilmente, ya que ambos surgieron del mismo espacio. En el fondo, a pesar del carácter interclasista que tomará posteriormente el movimiento vecinal, ambos provenían inicialmente de una misma problemática, la de clase, que si en un espacio luchaba por el salario productivo en el otro lo hacía por el salario social. Eran dos caras de una misma moneda en estos primeros compases. De hecho, en algunos espacios, uno transmutaba en el otro sin cambiar apenas de nombre. Así, por ejemplo, en el caso de los orígenes de las CCOO de Badalona, también en el año 1966, su dificultad para organizarse en las fábricas, la mayoría de ellas radicadas en Barcelona, y una composición política y social más variada que sus homólogas en otras poblaciones, las llevó a organizarse también como Comisiones de Vecinos en cada barrio. Éstas debían cumplir un objetivo básico para el movimiento obrero: ampliar la solidaridad con sus luchas. Pero, a su vez, en un tránsito que lleva hacia las temáticas propias del movimiento vecinal, también debían de luchar por la mejora de la vida en los barrios y por la democratización municipal.³⁹

De todas formas, a pesar de algunas experiencias de transmutación tan directas, el papel del movimiento obrero en el despliegue del movimiento vecinal tuvo otro carácter. Éste ofreció un marco organizativo desde donde se pudieron incubar nuevos sujetos que fueron claves para el desarrollo posterior del movimiento que aquí nos ocupa. Estos sectores eran demasiado débiles inicialmente para desarrollar un movimiento propio, aunque fueron básicos en momentos clave de la historia de la represión contra el movimiento obrero a finales de los sesenta, momento en el que ellos mismos se empezaron a emancipar de sus estructuras or-

ganizativas. Estamos hablando, en este caso, de los jóvenes y las mujeres.

Los jóvenes fueron un componente clave de un movimiento obrero, y, de hecho, de un movimiento antifranquista, extremadamente joven durante los años sesenta. Si el 40% de los componentes de las asambleas obreras en Badalona estaba conformado por menores de 20 años, a veces esta misma edad bajaba en las acciones colectivas. De hecho, durante este período, se estaban desarrollando en los barrios unas amplias redes juveniles vinculadas a las parroquias, a la Juventud Obrera Católica o, más directamente, a los Clubs Juveniles que proliferaron durante este período. Redes que se articularán en una militancia más claramente activista en el marco de las Comisiones Obreras Juveniles nacidas en 1967⁴⁰ (COJ). Organización que, nacida bajo el amparo de las CCOO, enmarcaba su acción y formas de articulación en el espacio vivencial más que en la fábrica. Camino en el que incorporaban reivindicaciones ya no referidas al ámbito productivo, sino a la mejora de la vida en los barrios, y en el que no era inusual que ellas mismas se convirtieran en Comisiones de Barrio.⁴¹ Andando el tiempo, este proceso, que acabó gestando un movimiento juvenil propio en los setenta, tuvo una importancia clave para el movimiento vecinal en la creación de espacios de producción y reproducción de una nueva cultura de la protesta, en la acumulación de recursos disponibles para la acción en los barrios y en la generación de una nueva militancia para las propias organizaciones vecinales. Pero si los jóvenes fueron claves en la emergencia del movimiento vecinal, lo cierto es que la emergencia de las mujeres como sujeto activo de protesta aún tuvo unas consecuencias mayores para el movimiento.

En este caso, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), básico al igual que las COJ para la supervivencia del movimiento obrero en el cruce represivo de 1969, se organizó también en los barrios en parte al amparo de las CCOO.⁴² La gestación de estos primeros núcleos de ac-

tivistas fue esencial para la organización de la solidaridad material, para las primeras acciones en favor de la amnistía de los presos políticos, para la introducción de la movilización por el salario social, para la lucha contra la carestía de la vida y para los equipamientos urbanos, ya que fueron ellas mismas las que protagonizaron en gran parte estas luchas, a la vez que fue en el movimiento vecinal donde se plantearon más ampliamente, no sin contradicciones, las temáticas de género entre los sectores populares.⁴³ Aunque éste fue un proceso que se dio más claramente en los setenta. Lo cierto, antes de llegar a ese momento, es que tanto las COJ, como en otro sentido el MDM, no sobrevivieron o se transformaron con el cambio de década. La maduración del antifranquismo llevó en este sentido a la eclosión de movimientos sociales que hasta entonces sólo se habían podido desarrollar en el barrio relacionándose con el propio movimiento obrero. Pero a pesar de este proceso de desgajamiento de los movimientos sociales, del que surgió el movimiento juvenil y los movimientos de género, lo que sí empezó a expandirse a partir de aquellos momentos fueron las vocalías de jóvenes, de carestía de la vida o de mujeres dentro del propio movimiento vecinal como componentes básicos del mismo. Y es que de forma relacionada con la emergencia de estos nuevos sujetos colectivos durante la década de los sesenta, las redes de organizaciones de barrios vieron cómo se transformaban viejas entidades y se creaban otras nuevas en el camino de la maduración del propio movimiento vecinal.

Usualmente, se ha visto la eclosión del primer movimiento vecinal a partir de la tríada de la situación urbana, la emergencia de movimientos sociales anteriores y un cambio fundamental, en un préstamo tomado de la sociología aplicado a veces desde una perspectiva un tanto unidireccional, en la estructura de oportunidades políticas: la aprobación de una nueva Ley de Asociaciones en 1964 que habría posibilitado una legislación más permisiva en el proceso de

creación de Asociaciones de Vecinos. Ya hemos visto que separar los orígenes organizativos del nuevo movimiento obrero de los del propio movimiento vecinal deviene una tarea compleja cuando la mirada se acerca a sus microespacios formativos. Lo mismo nos sucede si nos acercamos a la importancia real que tuvo la ley de 1964. Dicha ley permitió el despliegue de una estructura legal en el movimiento, con profundos efectos en zonas como Madrid o el País Vasco.⁴⁴ Pero si nos acercamos a otro caso concreto, el de Cataluña, podemos observar cómo la referida ley fue utilizada instrumentalmente en la formación de un tramado legal del movimiento vecinal, lo que no es exactamente lo mismo que estar en el origen del mismo.

Las Asociaciones de Vecinos, constituidas algunas de ellas con anterioridad a la ley de 1964, adoptaron múltiples formas durante la década de los sesenta y setenta. Así, la del barrio de Pardiniy de Lérida, nacida en 1962, no desarrolló ningún tipo de conflictividad hasta después de la muerte de Franco, mientras que, en la otra punta del espectro de casos, la del Torrent de la Marina de Terrassa, a pesar de crearse en 1968, no sería legalizada al negarse a aceptar los Principios Fundamentales del Movimiento.⁴⁵ En medio de estos dos extremos nos encontramos con Asociaciones de Vecinos reivindicativas legales, como la Asociación de Vecinos del barrio de Sant Antoni de Barcelona, creada en 1968⁴⁶ o la de Ca n'Oriac de Sabadell, constituida en 1964.⁴⁷ De hecho, la multiplicidad de tipologías nos lleva a tener que hablar de AAVV de calle, AAVV controladas por personal afin al franquismo, AAVV creadas como generadoras de servicios para el barrio que evolucionan hacia una práctica reivindicativa, o AAVV creadas para legalizar situaciones organizativas clandestinas anteriores. Partir de esta multiplicidad de situaciones, en las que en algunos casos la forma organizativa no significa automáticamente pertenencia al movimiento social, para intentar ver cómo nace el movimiento vecinal, se convierte en un callejón sin salida. La centralidad no se

encuentra en ella, sino en las redes establecidas entre los habitantes de los barrios para articular la solidaridad material, la provisión de unos servicios mínimos y los espacios de la vida colectiva, en la generación de nuevos núcleos de militantes antifranquistas en los inicios de la conflictividad obrera, estudiantil y de barrio, imposible en el período anterior precisamente por la inexistencia de estas redes, y en las posibilidades que ofrecía la evolución de una parte de la iglesia ligada a la vida de los barrios. La centralidad de estas redes sociales, y los nuevos actores que en parte surgen y en parte interactúan con ellas, explica que en algunos casos Asociaciones de Cabeza de Familia, fuertemente ligadas al Régimen en sus orígenes, se impregnen también de las nuevas realidades hasta llegar a protagonizar fuertes enfrentamientos con la policía, como se dio en el barrio de Torre Baró, de Barcelona, en relación con la problemática del agua.⁴⁸

De hecho más que las AAVV, en origen para el caso catalán, parece haber sido más importante la constitución de Centros Sociales de Barrio, ligados a las parroquias, en el desarrollo de una primera estructura articulada del movimiento vecinal. La constitución de estos centros permitía una mayor flexibilidad para conseguir el doble objetivo de mantener una acción legal y a la vez agrupar a amplios grupos de personas que iban desde el antifranquismo más militante hasta aquellas preocupadas por aspectos muy concretos de la vida en los barrios, ya que los mismos dependían tan sólo del permiso parroquial e incluso, cuando éste no se conseguía, se podían crear como extensión de otra parroquia de otro barrio.⁴⁹ En estos centros se establecieron, en muchos casos, los primeros servicios asistenciales de algunos barrios, con la creación de consultorios médicos, servicios de enfermería y asesoría legal, como se hizo en los casos de los Centros Sociales de Cerdanyola, de Mataró, o de Sant Roc de Badalona, o incluso guarderías como sucedió en el barrio de Sants, de Barcelona, pero iban mucho más allá de estas prestaciones. También se articularon en ellos las primeras

vocalías de enseñanza, juventud, vivienda, y se dinamizó la vida política y cultural de los barrios con la celebración de charlas, conferencias y cinefóruns.⁵⁰

A su vez los militantes más políticos de los barrios se articularon en estos compases iniciales del desarrollo del movimiento vecinal, a veces de forma intensamente relacionada con los Centros Sociales, a partir de las clandestinas Comisiones Obreras de Barrio, ligadas en su origen a las Comisiones Obreras de Zona,⁵¹ las más predominantes Comisiones de Barrio, influenciadas tanto por Bandera Roja como por el PSUC, o, también, las Comisiones de Barrio Anticapitalistas, con una influencia territorial, muy ligada a los partidos que las animaban (básicamente Organización de Izquierda Comunista y Acción Comunista), en Nou Barris y Zona Franca de Barcelona, Cerdanyola y Ripollet.⁵² Organizaciones clandestinas que reunían alrededor de 20-25 personas por comisión y que establecían una agitación constante tomando como base la problemática de los barrios desde una perspectiva antifranquista y anticapitalista que no se podía desarrollar directamente desde las entidades legales inicialmente.⁵³ De hecho, en este sentido, las organizaciones clandestinas de barrio, la militancia política y sus organizaciones, desempeñaron un papel clave para conseguir que la parte legal del movimiento adoptase un rumbo determinado.

Serán estos Centros Sociales y las diversas formas de organización clandestina en los barrios los que, a partir de la extensión de la protesta a inicios de la década de los setenta, irán conformando las AAVV reivindicativas, a pesar de que en algunos casos el Centro Social siguió siendo la organización legal de referencia.⁵⁴ Será en este sentido en el momento de la extensión de la protesta urbana, cuando el caudal de recursos organizativos y políticos acumulados hasta ese momento haga uso efectivo de la ley de 1964. En algunos casos, para articular la militancia del Centro Social, con un carácter más reivindicativo en un nuevo espacio más claro; en

otros, porque allí donde el activismo se había mantenido en formas no legalizadas, se hacía necesaria una articulación más amplia con la población de los barrios. En el primer sentido, se vivirán casos como los del Centro Social de Cirera, en Mataró, con una composición ideológica variada, a partir de la cual se fundó la Asociación de Vecinos del barrio. Similar es el caso del barrio de Cerdanyola de la misma ciudad,⁵⁵ y también otros donde el proceso revestirá una forma más conflictiva, como el que se dio en el Centro Social del barrio del Carmel, en Barcelona, donde los expulsados del centro por demandar un compromiso antifranquista público estarán en la base de la fundación de la Asociación de Vecinos en 1972.⁵⁶ En el segundo sentido, las comisiones de barrio o los núcleos de militantes antifranquistas que actuaban en los barrios revitalizarán o crearán Asociaciones de Vecinos, como acaeció en el Baix Llobregat, Sants, Prosperidad o Nou Barris, de Barcelona, o en Terrassa y Sabadell.⁵⁷

Pero este proceso, el de creación de asociaciones de vecinos dentro del movimiento vecinal, no se intensificó realmente hasta la década de los setenta cuando aquello que estaba realmente en el origen del movimiento ya había madurado suficientemente. De hecho, será entonces cuando las redes relacionales, que inicialmente se habían articulado en torno a la construcción del propio espacio vivencial, hayan adquirido una gran densidad que afectaba a un continuum de relaciones y entidades en los barrios y permitía una mayor movilización colectiva. Fue en ese momento cuando los instrumentos que estaban a disposición de estas mismas redes, y de la cultura de la protesta que estaba creciendo por sus canales de comunicación, fueron utilizados en un sentido determinado. Procesos que conformaron no sólo la mejora de las condiciones de vida de los pobladores de las ciudades, sino que conformaron también su propia identidad, primero en los barrios y, posteriormente, cuando la protesta se haga transversal y adquiera un componente ya claramente de demanda de la

democratización en el ámbito local, pusieron las bases para la articulación de un sentido de ciudad. Lo que el franquismo había roto y fragmentado fue reconstruido no gracias a él mismo, sino a aquellos que tejieron un nuevo marco de relaciones, primero del suburbio al barrio y, posteriormente, del barrio a la ciudad mediante una nueva cultura de la protesta que fue básica en la erosión y desaparición de la misma dictadura.

NOTAS

- ¹ Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación HAR2009-0782.
- ² PELLISSA, Octavi, *Apunts sobre la clandestinitat*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, p. 33. Traducido del catalán.
- ³ Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y Democrática (CEFID), Entrevista a Albert Recio Andreu.
- ⁴ Sobre la participación del movimiento vecinal en los movimientos por la amnistía ver: RISQUES, Manel y BALLESTER, David, *Temps d'amnistia*, Barcelona, Edicions 62, 2001.
- ⁵ Aunque en el caso del movimiento obrero a veces también adquiera fuerza como fecha de referencia 1958, momento de aprobación de la Ley de Convenios Colectivos, que al igual que en el caso de la Ley de Asociaciones de 1964 se sitúa en muchas explicaciones en la base del surgimiento de un nuevo movimiento obrero, sigue siendo mucho más dominante 1962 como su momento de inicio.
- ⁶ La interpretación del cambio en la estructura de oportunidades políticas como factor clave para comprender la emergencia de los movimientos sociales en el espacio público, que debe su origen a los trabajos de Charles Tilly con un fuerte desarrollo posterior, plantea la apertura al acceso a la participación como uno de los factores de su desarrollo. Aunque la misma incluye también que esas oportunidades pueden ser generadas por el propio movimiento y que, a su vez, en la mayoría de casos este movimiento es previo al cambio en la estructura de oportunidades. En este campo una sola ley, como la de 1964 (otra cosa es ver las interacciones más amplias dentro del propio franquismo en los sesenta como un posibilitador de creación de espacios que serán aprovechados por los movimientos), difícilmente podría explicar el origen del movimiento vecinal como uno de sus factores desencadenantes. Aunque se considere útil este herramienta interpretativa —no es mi caso—, su aplicación debería ser mucho más amplia para el caso que nos ocupa que la relación entre Estado y movimiento social a partir de un desarrollo legislativo, más cuando hablamos de un movimiento que se mueve en espacios locales y es fragmentado y diverso en su desarrollo. Para estos temas ver: TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 147-178.
- ⁷ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Què pensa Vázquez Montalbán*, Barcelona, Deria editors, 1995, pp. 14-15.

- ⁸ CEFID, Entrevista a Oriol Serrano Balsasch.
- ⁹ Archivo Histórico de la Comisión Obrera Nacional de Cataluña (ANC), Entrevista a Francisco Morales. Procesos ampliamente documentados para el caso de diversas ciudades catalanas en: DOMÈNECH, Xavier, «La reconstrucció de la raó democràtica. Del suburbi a la ciutat», en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 113-155.
- ¹⁰ Usualmente se ha establecido para los países del área del OCDE entre un 10% y un 20% de subestimación del fenómeno migratorio a causa de la inmigración ilegal que, probablemente, se daba con mayor intensidad en la España franquista. Ver: TORRE, J. de la, SANZ LAFUENTE, G., (ed.), *Migraciones y coyuntura económica del franquismo a la democracia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, p. 19.
- ¹¹ BABIANO MORA, José, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI y Fundación I.º de Mayo, 1995, pp. 15-16; PÉREZ PÉREZ, José Antonio, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área del Gran Bilbao [1958-1977]. Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 58-59 y MARÍN CORBERA, Martí, «Fluxos, stocks, periodicitat i orígens», en M. Marín (dir.), *Memòries del viatge. 1940-1975*, Sant Adrià de Besòs, Museu d'Història de la Immigració de Catalunya, 2009, pp. 14-32.
- ¹² Descripción referida al Torrent de la Maurina de Terrassa. CEFID, Entrevista a Apolo Giménez García.
- ¹³ CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano en Madrid», p. 25, en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 21-32.
- ¹⁴ CAPRARELLA, Marcello y HERNÁNDEZ BROTONS, Fanny, «La lucha por la ciudad: vecinos-trabajadores en las periferias de Madrid. 1968-1982», p. 38, en: Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 33-53.
- ¹⁵ Así, por poner un ejemplo, en la comarca catalana del Baix Llobregat tan sólo un 18,3% de las entidades anteriores a la Guerra Civil sobrevivieron a la implantación del franquismo. Ver: SANTACANA, Carles, *El franquisme al Baix Llobregat*. Barcelona, Centre d'Estudis Comarcals del Baix Llobregat, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2001, pp. 14-15.
- ¹⁶ Sobre esta temática ver: PUIG, Angelina, *De Pedro Martínez a Sabadell: l'emigració una realitat no exclusivament econòmica, 1920-1975*, tesis doctoral inédita, UAB, 1990; MARÍN, Martí, «Franquismo e inmigración interior: el caso de Sabadell (1939-1960)», *Historia Social*, núm. 56, 2006.
- ¹⁷ Sobre la construcción de un discurso y una práctica racista contra aquéllos que habían perdido la guerra, que se quería perpetuar en sus hijos, ver: VINYES, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid, Temas de hoy, 2002. Para un análisis de la represión en las zonas rurales y la intensificación de les jerarquías sociales: MIR, Conxita, «El sino de los vencidos: la represión

- franquista en la Cataluña rural», en: CASANOVA, Julián (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002. Una magnífica reconstrucción de la brutal represión sufrida en las tierras de origen de gran parte de los futuros migrantes desde los inicios de la guerra en: ESPINOSA, Francisco, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003.
- ¹⁸ AHCONC, Entrevista a Francisco Morales.
- ¹⁹ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ²⁰ Testimonio recogido en: GARCÍA-NIETO, Carmen, *La palabra de las mujeres (1931-1990)*, Madrid, Popular, 1991, p. 67.
- ²¹ Biblioteca El Carmel-Juan Marsé (BCJM), *Projecte converses amb memòria*, Entrevista a Custodia Moreno Ribero. Para este tema, ver también: Entrevista a María Gómez Ariás.
- ²² CEFID, Entrevista a Apolo Giménez García.
- ²³ CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano.
- ²⁴ AHCONC, Entrevista Francisco Morales.
- ²⁵ AHCONC, Entrevista a Francisco Morales.
- ²⁶ MARÍN, José María, MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *Historia Política, 1939-2000*, Madrid, Istmo, 2001, p. 160.
- ²⁷ AHCONC, Entrevista a Juan González Merino.
- ²⁸ Testimonio citado en: LORENZI, Elisabeth, «Vallecas y la construcción de la identidad barrial», p. 83, dentro de: PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 79-98. Para una descripción similar en el caso de los barrios de Sevilla, ver: VELASCO MESA, «Los líderes del sindicalismo democrático durante los años sesenta: semblanza de una nueva generación de protesta», pp. 270-271, en: ÁLVAREZ REY, E., LEMUS LÓPEZ, *Sindicatos y trabajadores en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.
- ²⁹ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ³⁰ Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (AHGCB), Ayuntamiento de Sabadell, 1974-1975, caja 153, Carta de J. Burrull a Martín Villa, 27 de setiembre de 1974.
- ³¹ Ver: HUERTAS, Josep M. y ANDREU, Marc, *Barcelona en lluita. El moviment urbà 1965-1996*, Barcelona, FAVB, 1996, p. 13; SUÁREZ, Emilio, *Can Clos. Historia de un barrio obrero*, Barcelona, CIMS, 1997, pp. 39-43; HUERTAS, Josep M. y FABRE, Jaume, *Tots els barris*. Vol VII, Barcelona, Edicions 62, 1976, p. 206; ORTIZ, Elies, *Relat d'una experiència. Barri de Can Tunis*, Barcelona, Claret, 1997; Paredes, Jesús Mari, «Otxarkoaga» en M. Toral (coord.), «Movimientos ciudadanos en Bilbao: Rekaldeberri, Otxarkoaga, S. Francisco», *Bidebarrieta*, X (2001), pp. 229-248 y *Llamarse barrio. El Pozo del Tío Raimundo*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1986, p. 62.
- ³² Para este tema, ver: Ricard Martínez i Muntada, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal», en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 265-317.
- ³³ LORENZI, Elisabeth, «Vallecas y la construcción de la identidad barrial», p. 83, dentro de: PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 79-98.
- ³⁴ AHCONC, Entrevista a Manuel Navas.
- ³⁵ CASTELLS, Manuel, «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano en Madrid», p. 35, en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 21-32. Me he ocupado más ampliamente del proceso descrito para los barrios de autoconstrucción para el caso de los de nueva planta y los barrios tradicionales en: DOMÈNECH, Xavier, «La reconstrucción de la raó democràtica. Del suburbi a la ciutat», pp. 127-130, en: MOLINERO, Carme y YSÀS, P. (coord.), *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria/Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 113-155.
- ³⁶ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), *Carta de Blas*, 19 de septiembre de 1966, caja 56.
- ³⁷ AHGCB, *Reunión en Tarrasa sobre las próximas elecciones sindicales*, JSPB, 5 de septiembre de 1966, caja 7.
- ³⁸ AHPCE, *Carta de Blas*, 19 de septiembre de 1966, caja 56.
- ³⁹ AHPCE, *Informe general (CAS) (Badalona)*, recibido en septiembre de 1966, Jacq. 1493-1494.
- ⁴⁰ Para la historia de les COJ y del despliegue del tejido juvenil ver: DOMÈNECH, Xavier, *Temps d'interseccions. Lo Jovenut Comunista de Catalunya (1970-1980)*, Barcelona, Fundació Ferrer i Guàrdia, 2008, pp. 58-74; Ivan Bordetas Jiménez, *Del suburbio al nario: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorado, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009, pp. 138-142.
- ⁴¹ AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones, PSUC, *Informe el camarada Carlos de la reunión de jóvenes que se celebró el día 14 de enero del corriente mes*, 20 de gener de 1968, caixa 58.
- ⁴² Sobre esto, para el caso catalán, ver: AHGCB, NI, *De la reunión celebrada por elementos de las «Comisiones Obreras» El pasado sábado, día 26*, JSPB, Barcelona, 31 de agosto de 1967 caja 20; AHPCE, *Informe de la Comisión Coordinadora de las CO de Badalona y su comarca, celebrada en San Adrián del Besós el día 6 de junio de 1967 a las 8 de la tarde, con la presencia de 8 asistentes*, Jacq. 1638; AHPCE, *Informe d'una sèrie de reunions celebrades a Badalona, 17-19 de diciembre de 1967*, Jacq. 1736.
- ⁴³ BCJM, *Projecte Converses amb memòria*, Entrevista a Custodia Moreno Ribero. Ver sobre la participación de la mujer en el movimiento vecinal: RADCLIFF, Pamela, «Ciudadanas: las mujeres en las asociaciones de vecinos y la identidad de género en los años sesenta», en: QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo, *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 54-78; FERNÁNDEZ LAMELAS, Eva, *Vocalies de dones de Barcelona a la transició*, Bellaterra, Treball de Màster, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.
- ⁴⁴ URRUTIA ABAIGAR, *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Otañi, Instituto Vasco de Administración Pública, 1985; LÓPEZ ROMO, Raúl, «Urribari entre dictadura y democracia: dinamismo y cambio social», en: PÉREZ PÉREZ, José Antonio (coord.), *Bilbao y su barrios*, vol 3, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2008, pp. 101-137; CIDUR, *Madrid/Barrios*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1976; Castells, Manuel, *Crisis urbana y cambio social*, Madrid, Siglo

- XXII, 1981, 231-240.
- ⁴⁵ CEFID, Entrevista a Jacinto Pèrnia Val; Entrevista a Apolo Giménez García.
- ⁴⁶ CEFID, Entrevista a Oriol Serrano Balasch. Per la caracterització de les AAVV de Barcelona: Iván Bordetas Jiménez, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorat, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2009, pp. 169-201.
- ⁴⁷ Ricard Martínez Muntada, «El moviment veïnal a Sabadell durant el tardofranquisme, 1966-1976», *Arraona*, número 24, 2001, pp. 65-87.
- ⁴⁸ CEFID, Entrevista a Andres Naya Cabrero.
- ⁴⁹ Éste sería el caso, por ejemplo, del Centro Social del barrio de Cerdanyola, de Mataró, que se creó como extensión del existente en el barrio de Cirera de la misma ciudad. Ver: CEFID, Entrevista a Juan de Maya Jiménez.
- ⁵⁰ CEFID, Entrevista a Joan De Maya Jiménez; Entrevista a Juan Jesús Guerrero Robles; Entrevista a Carles Prieto Caballé. Para una panorámica de los Centros Sociales en dos ciudades como Barcelona y Sabadell: Iván Bordetas Jiménez, *Del suburbio al barrio: los orígenes del movimiento vecinal en Barcelona*, tesina de doctorado, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009, pp. 106-116; Ricard Martínez Muntada, «El moviment veïnal a Sabadell durant el tardofranquisme, 1966-1976», *Arraona*, número 24, 2001, pp. 65-87.
- ⁵¹ CEFID, Entrevista a Carles Prieto Caballé. Para el origen de las CO de Zona: DÍAZ, José Antonio, *Luchas internas en Comisiones Obreras de Barcelona. 1964-1970*, Barcelona, Bruguera, 1977; VVAA, «Comissions obreres, 1968-69: Repressió y Crisis», *Quaderns*, núm. 1, CTD, 1981.
- ⁵² CEFID, Entrevista a Andres Naya Caballero, Entrevista a Albert Recio.
- ⁵³ Estas formas organizativas estuvieron presentes básicamente en Barcelona, el Baix Llobregat, y tuvieron un peso mucho menor en aquellas ciudades donde el predominio del PSUC a finales de los sesenta establecía una coordinación política estable y un activismo político directo de los militantes en los barrios. Ver: CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano; Entrevista a Agustí Daura Melich.
- ⁵⁴ Como se dio en el caso del barrio de Sant Roc de Badalona. Ver: CEFID, Entrevista a Juan Jesús Guerrero Robles.
- ⁵⁵ Ver: CEFID, Entrevista a Valero Gracia Soriano; Entrevista a Juan de Maya Giménez.
- ⁵⁶ BCJM, *Projecte de converses amb memòria*. Entrevista a Fernando González.
- ⁵⁷ CEFID, Entrevista a Albert Recio; Entrevista a Carles Prieto Caballé; Entrevista a Frederic Prieto Caballé; Entrevista a Andres Naya Cabrero; Entrevista a Agustí Daura Melich.

